

# FIESTAS CÍVICAS Y FIESTAS RELIGIOSAS: CRÓNICAS DE UN DESENCUENTRO

Leticia Algaba\*

**E**n marzo de 1870 José Tomás de Cuéllar ponía en circulación el que sería el penúltimo número de *La Ilustración*, y como haría en los anteriores, le tomaba el pulso a la ciudad de San Luis Potosí con la viva nostalgia de la Ciudad de México que había dejado a principios de 1868. Desde ese breve exilio escribe en la "Revista":

Retrocedamos treinta años. Estamos en la capital de México a 16 de septiembre<sup>1</sup> de 1840, y notemos que aunque esta fecha es uno de nuestros gloriosos aniversarios, hay más de cincuenta mil personas para quienes esa fecha tiene una doble significación. Hoy comienza la Novena de Nuestra Señora de la Merced. ...no mencionaremos los preparativos que se notan en el convento. Observemos una de las casas más próximas al convento. En un cuarto interior de una casa de vecindad vive la familia de un zapatero. El zapatero es Antonio, su

mujer se llama Matiana, tienen tres hijas casaderas y cuatro hijos varones desde diez hasta cuatro años. Antonio cree que el año es bueno, va a velar todo el mes, pero en los días de los maitines y la función ya estará libre. Va a calzar a muchos vecinos. Matiana es una mujer obesa y fresca y una magnífica cocinera, se propone hacer un bonito negocio; ha tomado en arrendamiento una accesoria y la fonda que va a establecer estará bien servida. La hija mayor se emancipa, con el proyecto de unirse con dos amiguitas y establecer su puesto de buñuelos, para cuya confección Dios le dio gracia especial. De manera que Matiana en unión de dos hijas con la fonda, la hija mayor con los buñuelos, y Antonio con sus zapatos van a proporcionarse el ingreso extraordinario, con que subvendrán durante todo el año a ciertas exigencias. Hacen todos los días sus cuentas y convienen que en nueve días del novenario y ocho de la octava son diez y siete días de tanto trabajo como lucro y de tanta animación como alegría. Los chicos sueñan con los castillos, con los toritos, con los cohetes

\* Departamento de Humanidades, UAM-A.

<sup>1</sup> Se citará por la edición facsimilar de *La Ilustración Potosina*, 1989; pero se actualizará la ortografía.

corredizos, con la procesión y con todo un programa de diversiones. Las muchachas preparan sus enaguas y rebozos de lujo, y ya en los días más próximos al día grande, quiere decir el 24, las hijas de Matiana son verdaderos tipos de limpieza y donaire con sus enaguas de castor o de mascadas, sus zapatitos de raso de color... Las familias acomodadas del vecindario, no vacilan en concurrir una que otra noche a la fonda de Matiana como por vía de calaverada, y otras consumen desde su casa los succulentos platillos de *fiambre de pipián* y de mole de guajolote que gozan de una reputación tradicional en todo el vecindario. Tomada por tipo esta familia, se puede formar idea casi sin exclusión, de todas las familias pobres del barrio.<sup>2</sup>

Cuéllar retrocede treinta años para introducir al lector en la casa de una familia modesta que se dispone a celebrar la fiesta de la virgen de La Merced. En el fragmento citado resalta la generosidad de la efeméride pues conjuga la unión de los vecinos del barrio con el estímulo económico de Antonio y Matiana, los padres de dos señoritas que ya dan fe de una herencia sustentada en el aprovechamiento de las habilidades laborales para una mejor subsistencia. El regocijo de la fiesta religiosa abarca diez y siete días y extiende también la fiesta del 16 de Septiembre, la fiesta cívica mayor de México, lo mismo en 1840 que en 1870, año de la escritura de la crónica, como en nuestro presente. Cuéllar desde San Luis, Potosí retrocede al año de 1840 cuando él tenía diez años de edad y ni siquiera imaginaba que siete años después, en 1847, viviría las fiestas patrias

<sup>2</sup> *La Ilustración Potosina*, p. 205.

en medio de la lucha frente al ejército norteamericano, con el dolor de haber sido derrotado cuando, en su calidad de Cadete del Colegio Militar, defendía el Castillo de Chapultepec.<sup>3</sup>

La fiesta de La Merced unía a familias de diferentes estratos sociales. La víspera, la noche del 23 de septiembre, desmanababa al vecindario con los repiques, los cohetes, las luces y la música, señales del inicio de una jornada que merecía vestirse con las mejores prendas para contemplar la procesión. El paso de la imagen de La Merced se convertía en una lluvia de flores deshojadas. Los jóvenes con aspiraciones de ascenso en la escala social, los personajes que Cuéllar bautizó con el nombre de "pollos", también celebraban en la casa de Merced, la hija de don Manuel, un empleado que completaba su sueldo con "algunos negocitos" y ya tenía un hijo Abogado, amigo de "pollos elegantes", entre los que figuraban los novios de Merced y de Angelita, las hijas de don Manuel. La cena-baile de la cumpleañera se prestigia tanto con la selecta concurrencia como por la festividad religiosa. En su crónica Cuéllar afoca el espacio privado y el espacio público de la Ciudad de México en 1840, cuando todavía estaba lejos la aprobación de las Leyes de Reforma.

<sup>3</sup> En su "Estudio preliminar" a la edición facsimilar de *La Ilustración Potosina*, Belem Clark de Lara, cita el discurso que Cuéllar pronunció en el Bosque del Castillo de Chapultepec, en el que dijo: "Entre esos niños tuve la fortuna de contarme; entre ellos y el fragor del combate y entre el humo de la pólvora aprendí a amar a mi patria; a mi lado cayeron heridos por las balas americanas Escutia, Melgar y Suárez, Barrera y Montes de Oca...", p. 88.

## FIESTAS CÍVICAS Y FIESTAS RELIGIOSAS: CRÓNICAS DE UN DESENCUENTRO

En 1870, año de la escritura de la crónica en cuestión, los lectores de *La Ilustración Potosina* tenían ante sí una sabrosa remembranza de una fiesta religiosa que convocaba y unía a los mexicanos. La morosidad de esta parte de la crónica iba en paralelo con las entregas de *Ensalada de pollos*, la tercera novela de Cuéllar, que exhibía la frivolidad de una clase social en ascenso. Desde San Luis Potosí los “pollos” de la Ciudad de México se erigían como prototipos de una sociedad que vivía los primeros años de la paz en virtud de la restauración de la república apenas dos y medio años antes, en 1867. Lejos de la capital, el centro del poder político, en un exilio por razones inconfesadas, el escritor dimensiona la enorme distancia entre el centro y la provincia, una distancia que oscurecía el triunfo del proyecto del Partido Liberal, el suyo, y como otros correligionarios libra ahora otra batalla, impresa en *La Ilustración Potosina*. Semanario de Literatura, Poesías, Novelas, Noticias, Descubrimientos, Variedades, Modas y Avisos, que dirigía junto con José María Flores de Verdad. Una bella revista adornada con estampas litografiadas por José María Villasana. En cada uno de los números publicados entre 1869 y 1870<sup>4</sup> Facundo —el alter ego de Cuéllar— apuraba el amargo licor de los nuevos tiempos de paz signados por la tristeza de los potosinos. Sentado en una banca de la Alameda miraba uno que otro paseante, se lamentaba de que habían despedido el año de 1869 sin “un bailecito siquiera humilde, sin una función de teatro

<sup>4</sup> En su “Estudio preliminar” a la edición facsimilar de *La Ilustración Potosina*, Belem Clark de Lara consigna que el primer número de la revista es del 10. de octubre de 1869. La edición facsimilar es de la reimpresión que Cuéllar hizo en un volumen de 343 páginas, véase pp. 37-38.

siquiera mala”.<sup>5</sup> Pero en ésta, su nueva misión, y usando el “derecho a la vecindad de más de dos años” —declara—:

nos identificamos con los pacíficos habitantes de esta tierra y nos proponemos a fuerza de cronistas y renunciando a toda tendencia de egoísmo, investigar las causas de este retraimiento social que es el aspecto característico y forma la índole de la población”.<sup>6</sup>

En la justezza del plural reside la distancia crítica del escritor y su propósito de examinar su presente dejando atrás el espíritu partidario. El examen de tan grave cuestión solicita una premisa: Todos los pueblos “han acrisolado su espíritu de nacionalidad en las fiestas públicas”, es así como se ha labrado “el carácter de los pueblos”.<sup>7</sup> Y la mejor prueba reside en los tres siglos coloniales cuando el pueblo dedicaba “más de la tercera parte del tiempo útil” a las fiestas religiosas, tiempo de solaz esparcimiento y proveedor de valores morales con los que se había acuñado el título de ser un pueblo “eminente católico”. La vida familiar gravitaba en torno a las fiestas religiosas no sólo en la sociedad novohispana, sino también en el siglo de la Independencia, pues en 1840 la novena de la Virgen de La Merced era una de las más de veinte celebraciones religiosas al año, en palabras del cronista: “así se vivía en la populosa ciudad —la capital— cuidándose más de los santos que de los diablos”.<sup>8</sup>

¿Qué ocurría en 1870? A distancia de veinte años del estreno de las Leyes de Reforma, José Tomás de Cuéllar examina la

<sup>5</sup> *La Ilustración Potosina*, p. 199.

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. 198-199.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 199.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 209.

"educación civil", laica, parte fundamental del proyecto que él y sus amigos liberales, y sus antecesores, habían logrado llevar a la Carta Magna. Pero en 1870 "el pueblo se muere de fastidio",<sup>9</sup> porque el gobierno había fracasado en el intento de sustituir las fiestas religiosas con las fiestas cívicas y, todavía más, exhibía su intolerancia con la prohibición de las corridas de toros y las peleas de gallos. La ironía de la crónica alcanza a los liberales que otrora combatieron la intolerancia religiosa y colocan a Facundo en un lugar extremadamente delicado, en una difícil pero sana perspectiva correspondiente al declarado hartazgo de la política, a la fatiga que dejaron las batallas del pasado inmediato. Ahora escucha el silencio de los potosinos, mira la tristeza de las familias desmembradas por la pérdida de padres, de hijos, en las guerras, familias que habían segado vínculos con hermanos por distintas militancias partidarias, familias poco o nada interesadas en asistir a la inauguración de un edificio público o a la instalación de una Junta Cívica.

El movimiento de la sociedad, observa nuestro fino cronista, se da de otra manera, aquélla que liga la fe religiosa con la armonía familiar y, por ende, social, como en el caso de Antonio, el zapatero, y su esposa Matiana, pero ahora:

¿Por qué obligar al fabricante, al pobre comerciante en golosinas, en frutas o en juguetes su apego a fiestas que le proporcionaban pan para todo el año? ¿Por qué obligar al fabricante de velas de cera a bendecir las leyes de reforma que lo arruinaron? Prohibimos el culto externo por muy sabias razones; pero compadecemos al menos a esa mayoría de pobres

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 201.

que a la falta material de sus recursos agrega su ignorancia para no ver en la reforma más que un mal.<sup>10</sup>

En las líneas anteriores Cuéllar se refiere a la fiesta cívica del 5 de Febrero. ¿Qué significaba la Constitución de 1857 para los mexicanos de 1870? ¿Cómo podía el pueblo amarla si le impedía participar con los productos de su trabajo? El cronista reconocía los avances de la Carta Magna, pero veía la dificultad de rendirle culto cuando en las ceremonias conmemorativas no ocurría el movimiento social que traía el concurso del beneficio económico de los pobres y el ritual cívico. Acaso su amigo Vicente Riva Palacio que en 1870 ya disfrutaba las mieles del éxito por sus novelas, había logrado la sonrisa de sus lectores de la Ciudad de México y de la provincia con el anuncio de la aparición de su primera novela histórica, en 1868, intitulada *Monja y casada, virgen y mártir* y el siguiente comentario: "Advertimos a nuestros correpondentes que vean los anuncios, que no vayan a creer que se trata de la Constitución del 57, sino de una novela".<sup>11</sup>

En el reproche a la intolerancia frente al tránsito de las costumbres y su prolongada duración, ante la incomprendión del estado de pobreza de una "gran masa" de mexicanos que antes se beneficiaban de las celebraciones del santoral, Facundo insiste en emular los medios anteriormente usados por el clero en aras de la educación cívica. Nuestro cronista solicita calma, paz, tranquilidad, inteligencia y, sobre todo, tolerancia para entender el ritmo de una sociedad severamente lastimada, por eso

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 202.

<sup>11</sup> *La Orquesta, Periódico Omniscio y de Buen Humor*, 29 de julio de 1868.

él escribe, entrega a sus lectores cuadros vívidos del pasado, recurso eficaz para dar espaciamiento, consuelo, dulzura, frente al tedio, el desaliento, la tristeza de los potosinos, con la seguridad de que ese pequeño número de mexicanos era la fiel imagen del país entero. En las crónicas de su “Revista” que abrían las páginas de *La Ilustración Potosina*, calibraba el delicado momento y, simultáneamente, publicaba las entregas de *Ensalada de pollos*, su primer ensayo de esa su mirada penetrante, interesada en la moral social, la exaltación de las virtudes y la condena de los vicios, ensayaba la luz de su linterna sobre fragmentos, microcosmos que iluminaban todo el tejido de la sociedad mexicana. La crónica del 12 de marzo de 1870, el texto que preside mi comentario, señala la génesis de *La Linterna mágica*, obra que en su primera época reunió seis novelas<sup>12</sup> y fue publicada por Ignacio Cumplido entre 1871 y 1872.

El Día de Muertos, una de las fechas mayores que seguía al Día de Todos los Santos, sirve también de ejemplo a la propuesta de Cuéllar. Si la Iglesia prescribe la oración a los difuntos y el Estado prescribe los honores póstumos, “¿No sería conveniente celebrar en noviembre una ceremonia cívica, para enseñar al pueblo a honrar la memoria de los hombres ilustres y de los buenos patricios?”.<sup>13</sup> La pregunta señala un asunto muy importante en 1870: la República restaurada necesitaba una Galería

de Hombres Ilustres, un memorial que diera a los mexicanos la imagen de una renovada forma de Estado, cuyo gobierno, junto con los ciudadanos, rendían homenaje a los hombres que habían contribuido al desarrollo nacional en todos los órdenes, un reconocimiento ajeno a las pugnas partidarias, a los diferentes credos, una manera de lograr la reconciliación luego de las guerras intestinas y contra las intervenciones extranjeras, luego de las pugnas ideológicas en la apuesta por un proyecto de Estado. Facundo sabe que el santoral cívico bien podía unirse al santoral religioso y así lograr un armonioso giro, un generoso movimiento de la sociedad mexicana. Reconoce que las costumbres, las creencias, la educación, no se establecen por decreto gubernamental, sino que se dan en el curso de una tradición acuñada durante años, durante siglos. Y la Galería de Hombres Ilustres daría la imagen de unión entre el pasado y el presente, entre el tiempo antiguo y el moderno, en un movimiento capaz de acuñar la idea de Nación, de una unidad que, formada en la diversidad racial, cultural, ideológica a lo largo de tres y media centurias, había sido el crisol del México de la República restaurada.

En la crítica a la opacidad de las fiestas cívicas, Cuéllar aporta nuevas perspectivas retomando la conciliación ideológica. Para celebrar el Día del Trabajo, por ejemplo, sugiere aprovechar la deducción moral implícita en la festividad religiosa, de modo que se convirtiera en una fiesta cívica alegría, divertida, bajo la convicción de un acto al que se concurre como un mérito más en la calidad de un cristiano que ve en el trabajo un signo de glorificación y, también, como un medio para alcanzar una vida materialmente mejor, un camino hacia los adelantos científicos y hacia “la felicidad”.

<sup>12</sup> *Ensalada de pollos* —versión ampliada respecto de la publicada en *La Ilustración Potosina*—; *Historia de Cucho el Ninfa*; *Isolina la exfigurante*; *Las jamonas*; *Secretos del tocador y del confidente*; *Las gentes “son a.í”*, y *Gabriel o el cerrajero o las hijas de mi papá*.

<sup>13</sup> *La Ilustración Potosina*, pp. 202-233.

La fórmula subyacente consiste en convocar a la “Fiesta del Trabajo” bajo el doble mensaje moral capaz de unir al pueblo mexicano. Aquí reside la verificación del axioma que preside la reflexión de Facundo: “el bienestar público es el resultado del bienestar individual”,<sup>14</sup> frase que sintetiza el estado de la sociedad potosina que cotidianamente observa el escritor; él ve sobre todo el malestar interno de los ciudadanos, la desazón en su ciudad, en su lugar de origen, en su cuna ahora mecida por vientos fríos, enrarecidos por la gritería de los políticos, por los ecos de las continuas asonadas de los alrededores, los continuos levantamientos azuzados por los altos mandos militares que iban a favor o en contra del gobierno del centro exhibiendo así las fracturas de la incipiente República restaurada.

Pero ¿qué hacer ahora para zurrir las roturas? La pregunta estremece la pluma de Cuéllar, empeñada en mostrar los beneficios de la Reforma, de la guerra contra el Segundo Imperio, de las luces del liberalismo. ¿Cómo desterrar la palabra gastada de los políticos y, sobre todo, sus acciones fallidas para sustituir la fiesta religiosa con la fiesta cívica? En ésta su crónica del 12 de marzo de 1870, deposita un granito de arena ofreciendo al lector de *La Ilustración Potosina* un moroso relato de la fiesta de la Virgen de la Merced en la Ciudad de México de 1840, ya le mostró la conjugación del espacio íntimo con el espacio público, ya demostró la armonía del movimiento social en los “pollos”, que sin acaso reparar, se han unido a los pobres en la alegría de una festividad distendida en diez y siete días, saboreando los deliciosos guisos que

doña Matiana entrega a cambio de la mejoría económica de su familia, en una fiesta en que todos gozan y todos ganan y, más importante aún, todos se sienten identificados en la mexicanidad.

Y en la búsqueda de la identidad nacional José Tomás de Cuéllar había abierto las páginas del primer número de *La Ilustración Potosina* con un artículo intitulado justamente “La literatura nacional”, donde a manera de “Apuntes” ensaya un balance de la expresión literaria comenzando por la casi desconocida de los aztecas a causa de la mano destructora del conquistador. En los siglos coloniales Sor Juana Inés de la Cruz domina el panorama y en el siglo de la Independencia se pondera el papel clave de las Asociaciones Literarias, semillero de poetas, novelistas, dramaturgos, cronistas, empeñados en imprimir la fisonomía de la expresión literaria mexicana, cuya producción se vio interrumpida durante los cuatro años de guerra contra el Segundo Imperio, pero que ahora —1870— vivía el mejor momento:

con la restauración de las libertades vino el renacimiento de las letras, abriendo una nueva era de verdadero progreso intelectual, y por primera vez en la República se nota el sorprendente movimiento literario que agita hoy a todos los hombres de letras. La prensa en México presenta hoy un aspecto de vida y de animación muy notable...<sup>15</sup>

El artículo termina con una minuciosa reseña de las muy numerosas publicacio-

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 199.

<sup>15</sup> “La Literatura Nacional. Apuntes escritos expresamente para la Ilustración Potosina” por José T. de Cuéllar, en *La Ilustración Potosina*, p. 20.

nes en el breve lapso de dos y medio años, un verdadero eflujo derivado de la “restauración de las libertades”, un auténtico renacimiento, la palabra justa, la palabra que unía el pasado con el presente, el título de la revista que su amigo Ignacio Manuel Altamirano había puesto a disposición de todos los escritores, sin distingo de partidos, conservadores y liberales unidos bajo el signo del nuevo tiempo, “sin rencores por el pasado ni temores por el porvenir”, como decía Vicente Riva Palacio.

Pero el renacimiento impreso en la literatura, las ciencias y las artes, sería también una tarea a largo plazo, por eso Cuéllar coloca en su crónica del 12 de marzo de 1870 dos personajes: la Reforma, el pasado inmediato, y la Política, el presente, y en las acciones de estos personajes calibra un estado de cosas. Las Leyes de Reforma produjeron una división en la sociedad: los que se volvieron fanáticos del laicismo en la educación al grado de rechazar todo lo que oliera a catolicismo; los que se sustrajeron en el rencor; los muy pocos que se atrevieron a ejercer el derecho a la libertad de pensamiento. Así, entre fanáticos y retrógrados se rompió la unidad de pensamiento anterior. Y en esta fractura, la política –el otro personaje– se dedicó a “exacerbar los ánimos”, ora enfrentando odios y rencores, ora discutiendo pleitos en la arena pública. La obra tramada por los dos personajes produjo una profunda y dilatada conmoción sintetizada en las siguientes líneas:

Ni en política ni en religión volvió a haber unidad de principios. México no tiene por desgracia ninguna evocación nacional. La Independencia. Responde el Imperio. Hidalgo. Responden los conservadores. La religión. El rebaño suelta

una carcajada. La política. Los periódicos hacen un ruido infernal y no dejan oír claro de qué se trata... Un aniversario. ¿De qué?<sup>16</sup>

En tal fragmentación de símbolos Cuéllar extiende las interrogantes: ¿Celebrar fiestas? Si se trata de una fiesta religiosa ¿de qué culto? Si es católica “está prohibido el culto externo”, además de que algunos católicos se avergonzaban de exhibir su religiosidad en público y mucho menos ante protestantes por temor a la burla de éstos.

La escisión de la sociedad mexicana va en paralelo con el estado de ánimo de José Tomás de Cuéllar. Voluntaria o forzadamente alejado de la Ciudad de México, el centro del poder político, exterioriza en sus crónicas el hastío de su anterior participación y lucha por un proyecto de Estado que en su estreno se debatía en la discordia. El presidente Juárez no lograba la reconciliación y, a la inversa, se había distanciado de algunos de los liberales, amigos que, como Cuéllar, decidieron distanciarse de la política. Facundo se dedica a escribir para ir cementando el edificio de la expresión literaria nacional. Desde San Luis Potosí aprovecha las largas horas de la tensa calma provinciana para preparar *La Ilustración Potosina*, y entregar a los lectores artículos de ciencia, arte, poemas, entregas de novelas, reseñas de la vida social de la Ciudad del Maíz, textos que seguramente daban solaz espaciamiento, páginas capaces de combatir el “retraimiento social” que observaba.

Lejos de la Ciudad de México extrañaba el vigor del Teatro ante las poquísimas funciones que se daban en San Luis Potosí.

<sup>16</sup> *La Ilustración Potosina*, p. 211.

Seguramente recordaba su éxito en los teatros capitalinos, que le había dado uno de los mejores sitios en la dramaturgia. En la entrevista que Ángel Pola hizo a Cuéllar el 17 de junio de 1888, seis años antes de la muerte del escritor, decía:

Escribí algunas comedias que agradaron al público... En *Natural y figura* criticaba a los extranjerados que ya no les sonaba bien las palabras *Necatitlán, charro*, ni nada nacional. Juzgue usted el éxito: se representó más de seis veces, estuvo siempre lleno el teatro, causó escándalo; del Iturbide, el público se pasó al Nacional; la prohibió el Imperio. La primera noche de representación, los actos duraron, por los aplausos, una tercera parte más de lo que debían. Yo dirigi la escena, y vea usted si tuvo o no éxito por el juicio del telonero...—¡Del telonero! —exclamé. —Sí, del telonero...—¿Sabe usted cuántas veces han aplaudido? —me dijo ...saliendo asustado de su escondite. —¿Cuántas? —Setenta y seis veces!... Un día, como no cobraba nada, se me avisó que la compañía me daría un beneficio. ¡Y produjo seiscientos pesos! ...Testigos oculares hay que afirman que el mismo emperador Maximiliano, tal fue el entusiasmo que produjo *Natural y figura*, estuvo una noche de representación, en las galerías, disfrazado de charro y muy embozado".<sup>17</sup>

Las palabras de Facundo avalan su aprendizaje en el teatro como lugar de reunión

gozosa, en el que los asistentes defendían las palabras mexicanas ante el afrancesamiento que había traído el Segundo Imperio; la representación de *Natural y figura* dio buenas señales de la unidad frente a las modas extranjerizantes. Al triunfo de la república encabezó la Compañía Dramática del Liceo Hidalgo y, al mismo tiempo, tomó la iniciativa, junto con Luis G. Ortiz, de promover reuniones en torno al cultivo de la literatura que, con el nombre de Veladas Literarias, reunieron a un buen número de escritores que leían las primicias de poemas, novelas, crónicas. Y en San Luis Potosí reclamaba la construcción de un nuevo Teatro que atrajera público.

No es difícil entender que la distancia del centro del poder político y cultural cobrara efecto en Cuéllar. A medida que transcurría el tiempo el cronista calaba más hondo en lo que él denominaba “el retramiento” de la sociedad, por eso la penúltima y la última “Revista” de *La Ilustración Potosina* destilan un ácido realismo que, sin cortapisas alguna, denunciaba un momento delicado en la vida nacional. Como bien señala Belem Clark de Lara, Cuéllar captura el “momento de transición” y critica las extralimitaciones liberales porque él es “un hombre de transición”, su vida había transcurrido en las guerras, por eso, como los escritores de su generación, veía en el inicio de la República restaurada la paz, la hora “del nacionalismo en las letras”.<sup>18</sup> Los lazos de Facundo con el centro jamás disminuyeron; su amigo Ignacio Manuel Altamirano registraba puntualmente en sus

<sup>17</sup> “Entrevista de Ángel Pola a José T. Cuéllar”, en “Apéndice VIII” de “Estudio preliminar, notas, índices y cuadros” de Belem Clark de Lara, edición facsimilar de *La Ilustración Potosina*, 1989, pp. 136-137.

<sup>18</sup> En “Estudio preliminar...,” p. 58. Antes de las frases citadas, la autora relaciona a Cuéllar con Mariano José de Larra, por cuanto el escritor español fue también “un hombre de transición”.

crónicas el contenido de las entregas de *La Ilustración Potosina*. A la partida de Cuéllar ya le había otorgado el mérito de llevar a San Luis Potosí el impulso de la expresión literaria nacional, seguro de que caería en tierra fértil pues los potosinos formaban el número más alto de los suscriptores de provincia.

Desde el centro, el retramiento de la sociedad no pasaba inadvertido por el cronista Altamirano, quien no pocas veces fustigaba la pretendida sustitución de la festividad religiosa con la fiesta cívica. A propósito de las fiestas de septiembre del año 1869, leemos una glosa cargada de ironía sobre el programa redactado por la Junta Patriótica, cuyo objeto esencial era celebrar “el natalicio de la patria en 1821”. El largísimo texto del programa puntualizaba la serie de actos que iniciaba el día 15 con una fiesta cívica en el Teatro Nacional amenizada con los “discursos patrióticos y poesía oficiales”, seguidos de la lectura de la Sección Primera de la Constitución de 1857 que se refiere a los derechos del hombre, previa distribución del texto de la Carta Magna entre los asistentes. A las 11 de la noche en punto el presidente victoreará a la “Independencia y a la República” en un escenario rodeado por la iluminación y ornato de los edificios públicos, y en la Plaza de la Constitución se elevarían globos aerostáticos y sería alumbrada con “luz eléctrica”. Después habría bailes populares gratuitos en los teatros de Nuevo México, Oriente y la Granja. Y a la “hora memorable en que el inmortal héroe de Dolores, Miguel Hidalgo y Costilla, se lanzó a la lucha desigual para darnos patria y libertad” las campanas de las iglesias y las salvadas de artillería subirían el tono de la fiesta. El día 16 seguirían los actos cívicos muy concurridos, aunque no precisamente por la gente

del pueblo, pues era difícil remontar las vallas de los soldados a la entrada de los teatros, reservada más bien a algún “estirado general o diputado propietario” que daba el brazo a una señora “llena de joyas y arrastrando una cola rebelde a las leyes de reforma”.<sup>19</sup> Las fiestas de septiembre, concluye Próspero —el alter ego de Altamirano—, no tenían carácter popular, sino que se planeaban para el sector oficial; el fervor patriótico no era asunto de los “léperos”. En las crónicas sobre las fiestas patrias del año siguiente —1870—, Altamirano expresa abiertamente la monotonía de los discursos oficiales, las paradas militares programadas por la Junta Patriótica, una institución acartonada.

Sobre la fiesta del 5 de Febrero alusiva a la Constitución del 57, dedica un breve y significativo espacio en su crónica del día 6 de febrero de 1869, en la que pone en relieve la concurrencia de “dos acontecimientos científicos y literarios dignos de memoria”.<sup>20</sup> El primero se refiere a la instalación de la Academia de Ciencias y Literatura que había sido creada por ley del 15 de mayo de 1869 y otorgaba la presidencia al Ministro de Justicia e Instrucción Pública. El secretario era el propio cronista, pronunció un discurso y luego se entregaron los premios a los alumnos de las escuelas nacionales. Altamirano apunta la importante concurrencia de profesores de escuelas Preparatorias, Jurisprudencia, Medicina, Ingeniería, y celebra la presencia de la voz femenina representada por la directora del Colegio Nacional de Instrucción Secundaria para niñas, doña Belén Méndez:

<sup>19</sup> Ignacio Manuel Altamirano, *Crónicas*, t. I, en *Obras Completas*, p. 73.

<sup>20</sup> Ignacio Manuel Altamirano, *Crónicas*, t. 2, en *Obras Completas*, p. 62.

Mucho placer nos causó a todos...ver a esta señorita y a las jóvenes e ilustradas profesoras de su colegio, asistir a esa gran fiesta de la ciencia, porque nos indica que la *mujer* en México sale ya del rango inferior a que la había relegado la educación antigua, y se eleva ya a las regiones de la ciencia y de la gloria.<sup>21</sup>

Y la crónica se cierra con un franco optimismo: “¡Digna manera...de celebrar la fiesta de la ley santa que ha sido nuestra salvación y que será el origen de nuestra fuerza política, de nuestro adelanto intelectual y moral”.<sup>22</sup>

El entusiasmo de Altamirano contrasta con los reproches de Cuéllar. Desde el centro político de México la crónica sobre la fiesta de “la ley santa” empuja los beneficios de la educación pública, laica y gratuita, las luces de las leyes de reforma impresas en la Constitución del 57. El mensaje de Altamirano abonaba el triunfo del proyecto del Partido Liberal, su partido, e implícitamente señalaba el importante papel de los escritores en el nuevo tiempo de paz. Desde la periferia, en la provincia potosina, Cuéllar también se empeñaba en mostrar tales beneficios. En una crónica reseña la fiesta de los alumnos de escuelas públicas. Invitado a la ceremonia de premiación a los mejores alumnos, subraya la nutrida concurrencia que apenas cabía en el exbeaterio de una iglesia dedicado ahora a la instrucción pública. La ceremonia se convirtió en “fiesta literaria y artística”<sup>23</sup> con la lectura de poemas y discursos seguidos por una cena-baile que se extendió hasta la madru-

gada. En esta fiesta Facundo observa nuevamente la provechosa unión de espacios; el antiguo beaterio se había convertido en un lugar de instrucción pública, el pasado y el presente unidos en una fiesta que premiaba a los estudiantes que se habían formado en la educación laica, y al calor de la celebración uno de los asistentes lanzaba la iniciativa de recaudar fondos para la educación con la frase “Un cigarro para la instrucción pública”, que pronto fue aceptada. Cuéllar concluye así:

“cuando el pueblo llegue a unir a sus muchas o pocas devociones, la de convertir un cigarro en bien, en lugar de convertirlo en humo, creemos firmemente que la instrucción no necesitará más para sostenerse dignamente”<sup>24</sup>

Otra vez señala la clave del movimiento armónico de la sociedad que en la solidaridad, renueva la antigua dádiva colectada por los sacristanes de las iglesias. Dos decenios después de la Constitución de 1857, Altamirano verifica los beneficios de la educación laica y gratuita, y Cuéllar registra un nuevo uso de un espacio eclesiástico, participa en una fiesta, pero antes de asistir había observado los cambios en la Iglesia, ahí ratifica su credo católico y luego disfruta la fiesta cívica en señal de tolerancia. En esta crónica se evidencia que el punto central de la discusión de Facundo es la tolerancia, aquí reside su reproche al gobierno del centro y sus extralimitaciones frente al culto religioso al que todos los mexicanos debían tener derecho, sin cortapisas alguna. Reside aquí la fina observación de Facundo: ¿por qué seguir las creencias de cualquier signo cuando en el pasado habían unido a la

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 62.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 63.

<sup>23</sup> “Revista”, en *La Ilustración Potosina*, p. 190.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 101.

sociedad? 1870 era un momento delicadísimo, los liberales triunfantes tenían ante sí un difícil problema, por eso la iniciativa de cultivar la expresión literaria cobraba en ese momento la categoría de urgente. Por eso Altamirano y Cuéllar se sabían empeñados en una delicada misión, por eso ahora la lectura de la "Revista" y de las crónicas de Altamirano nos ofrecen una rica discusión sobre la importancia de la fiesta como lazo de unión, la conjunción de símbolos nacionales que se acuñan a través de muchos años y van dando la fisonomía, el carácter de un pueblo.

José Tomás de Cuéllar emprende el regreso a la Ciudad de México en 1870. En la última entrega de *La Ilustración Potosina* se despide de sus lectores reseñando los puntos pendientes "en el carnet". Uno de ellos era un estudio sobre los muchos adelantos de la "Ciudad del Maíz", el San Luis Potosí que lo acogió, donde pudo registrar la inestabilidad de la vida pública e íntima de sus habitantes. La revista termina porque una revuelta había cimbrado la estabilidad del gobierno estatal, había sembrado el pánico, el temor de los potosinos que, ante la expectativa de un conflicto armado nacional, eliminaban el gasto de la suscripción y veían mayores obstáculos para cualquier entretenimiento placentero como era la lectura de *La Ilustración Potosina* y de otras revistas y libros que llegaban de la Ciudad de México, y de los que se escribían en la capital potosina. Ese numeroso público lector que en 1868 congratulaba a Altamirano y le hacía augurar el éxito de su amigo Cuéllar, ya no disfrutaría los artículos científicos, los poemas, las fábulas, las leyendas, las reseñas sobre sitios y monu-

mentos históricos, las entregas de novelas, las bellas litografías de José María Villasana, en *La Ilustración Potosina*. Desde la periferia, Facundo se preocupa por la herencia que su generación dejaría a los jóvenes y los niños, le angustiaba la desarticulación de las familias, por eso subía el tono en sus crónicas: ¿Cómo zurrir la rotura? ¿Cómo revivir la fiesta popular? El grave cuestionamiento no segó su escritura; por el contrario, en cada texto avivó el deseo de depositar granitos de arena en la tarea de reconciliación, que si ahora los sumáramos corresponderían a muchos momentos de diversión, de solaz esparcimiento, que todavía hoy nos llevan del siglo XIX a nuestros días como en un viaje que permite entender un momento delicado del pasado, cuya lejanía obviamente no produce nostalgia, pero sí nos recuerda cierta fragilidad de nuestro presente.

#### BIBLIOGRAFÍA CITADA

ALTAMIRANO, Ignacio Manuel, *Obras Completas VIII, Crónicas*, t.1, edición y prólogo de Carlos Monsiváis, SEP México, 1987.  
Y *Obras Completas VIII, Crónicas*, t. 2, edición y prólogo de Carlos Monsiváis, SEP, México, 1987.

LA ILUSTRACIÓN POTOSINA. Semanario de Literatura, Poesía, Novelas, Noticias, Varietades, Modas y Avisos, 1869, por José Tomás de Cuéllar y José María Flores Verdad. Edición facsimilar de Ana Elena Díaz de Alejo. Estudio preliminar, notas, índices y cuadros de Belem Clark de Lara, UNAM, México, 1989.